

Breve Historia de un Auto

El auto estaba allí, inmóvil, delante la puerta de su casa. Si, así: de su casa. El no había conocido otra. Si la hubo, fué tan lejano y tan breve el tiempo, que no dejó ni el más leve recuerdo en su existencia.

Estaba allí, nada menos que en la calle Mayor de la ciudad. Esperando. Era una de sus tantas esperas cotidianas, dispuesto, siempre, a ofrecer sus servicios a quien durante muchos años venía siendo, más que su dueño, su amigo, su protector. Muy pocos, y menos en estos tiempos, podían llegar a comprender ante aquel auto antiguo la conllevancia que existía entre él, que estaba allí aguardando y su protector que pronto saldría de la casa.

Entre los muchos incomprensibles, el auto ya podía contar a aquel ciudadano que parándosele enfrente, un día de sus esperas, comentó socarronamente: «—¿y su dueño, hombre adinerado, todavía sigue guardando esta reliquia de los tiempos de Adán?— Aquella especie de sentencia molesta no le impresionó lo más mínimo. Indulgente a la misma, siguió aguardando, pensando que solamente hubiese bastado mencionar unos cuantos nombres de ciertos relevantes personajes que el coche tuvo el honor de atender en tiempos pasados, para confundir a todos quienes le menospreciaban. Una Alteza Imperial, un General, un Embajador, dos o tres Gobernadores civiles, una o dos artistas del cine.... todos tuvieron su asiento en él.

Su camino es, casi todos los días, el de S'Agaró, porque allí hay los asuntos a resolver. Un prestigio más a su favor. Algunas veces, sin embargo, su cometido va destinado a trabajos menos sonrientes. Por ejemplo: el transporte de algún ataúd a algún pueblo vecino. Pero, también en esto puede demostrar su categoría, porque no se trata del transporte de la humilde madera, sino de la majestuosa «coja egipcia».

Recuerda de una vez, que para uno de estos menesteres, lo prepararon para un viaje que resultó ser el más largo de su historia. Recorrió alguna carretera

castellana hasta llegar a Logroño. A la vuelta, el auto ya podía contar con la proeza funeraria más importante entre las suyas.

Pero él es un vehículo que sabe ser también democrático; sabe ser un coche perfecto. Y si tuvo el honor de servir a los selectos, así como servir para la tristeza, también sabe servir para la alegría y para los amigos de su protector. De ahí que muchas veces a éstos los conduzca por algún itinerario sugestivo. Un «aplec» o fiesta Mayor cercanos, un «brenadell», una visita a algún paraje de nuestra Costa Brava..... todo es motivo para que el Fiat (esta es su casta) pase entre nosotros sin apresuramientos locos, con cordura, con dignidad, seguro de sí mismo y de llegar hasta la meta fijada.

Un día tuvo su tristeza. La única, quizá, pero que lo dejó sobrecogido de temor. A su vera se presentaron unos hombres acompañados de su protector. Les oyó hablar pero sin comprender nada. De pronto, todos juntos se pusieron a empujarle calle abajo, pero vio como su amigo le jugaba lo que él creyó una mala partida. Por medio de una maniobra repentina le descacharró una de sus piezas, dejándolo lisiado. Los demás hombres no se dieron cuenta. Oyó decir a su protector: «lo veis, está descompuesto. De momento se ha de arreglar. Luego, podréis llevároslo». Entonces presintió que se tramaba una tragedia para él. Empezó a comprender que la acción de su protector había sido premeditada. Pero, ¿por qué? Volvieron aquellos hombres, unos días después. Y si el día de la prueba la cosa no andó bien, ahora continuaba peor. Tendrían que esperar: no se encontraba sustituto a la pieza maltrecha. Así pasaron días mientras su protector fue desmontándolo poco a poco hasta dejarlo inútil total para la guerra. Los hombres ya no aparecieron, seguramente por desprecio a su apariencia, mientras que él aceptó aquellos hechos con una gran resignación. Pasados unos tres años, su protector volvió a componerlo, dejándolo como nuevo. Su alegría fué inmensa. Y entonces, al volver a la actividad, se enteró de lo sucedido. Se enteró de la existencia de ce-